

Los Guardianes del Monte Naranco

Hace mucho tiempo, en lo más profundo del Monte Naranco, vivía un sapo en una pequeña Fuente de piedras que se encuentra cerca de un lavadero, sus piedras, gastadas por el tiempo, formaban una especie de cuevecuela donde descansaba el sapo escuchando el agua caer. Los habitantes de Oviedo creían que este sapo poseía un poder mágico y lo consideraban, junto a su compañero Noraco, los guardianes del bosque.

Cuando los campesinos de los alrededores se detenían en la Fuente cansados después de lavar en el lavadero, pedían al sapo permiso para beber de su agua. El viejo sapo siempre lo permitía, con la condición de que prometieran cuidar y proteger siempre la naturaleza.

Con el tiempo, cada vez más ovetenses accedían al pacto con el sapo, y de pronto llegó la primavera. Los árboles comenzaron a brotar y el sapo esparció el agua mágica de su fuente, estimulando su crecimiento y elevando el monte de vida.

Pero con la llegada del verano, el calor se intensificó y el bosque empezó a sufrir por la sequía, matando muchas plantas y afectando a las criaturas que allí habitaban. Ante esta situación, el sapo y Noraco, convocaron a todos aquellos que habían hecho el pacto para que acudieran a la Fuente y cumplieran su compromiso de proteger la naturaleza. Todos juntos se encargaron de repartir el agua mágica de la que desde entonces se llamaría Fuente del Sapo, por todo el bosque, sanando y haciendo brotar árboles nuevos.

Gracias a estos esfuerzos, el Monte Naranco se convirtió en un pequeño paraíso verde, con árboles de distintos tipos y arroyos donde habitan todo tipo de animales y pájaros, con mil lugares impresionantes merecedores de conocer, haciendo de Oviedo una ciudad aún más hermosa y natural.